



LA DISYUNCIÓN

Manuel Gallego

LA DISYUNCIÓN



Primera edición: marzo 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Gallego

ISBN: 979-13-87612-64-1

ISBN digital: 979-13-87612-65-8

Depósito legal: M-5038-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para ellos, mis amigos, con quienes transité tantas veces estos parajes.

1.

Fue aquí, una tarde del mes de junio. Tenía entonces cuarenta y cinco años. Lo inicié, ¿o será mejor decir lo terminé?, justo en el camino que llaman de la vereda o cañada, allí donde se bifurca describiendo una Y. Uno de sus brazos es vaguada que muy de tiempo en tiempo surca un ancho y somero arroyuelo; larga pendiente el otro que se adentra en lo agreste de la sierra. Antaño, un discreto puente, no muy viejo, salvaba este arroyo. En los últimos tiempos, el agua corre con mucha menos frecuencia, así que nadie echa ya en falta aquel puente, semihundido y tomado por la maleza. Una carretera suple hoy el tedioso camino y hace innecesario vadear el riachuelo. Aunque la carretera es para los vehículos, cierto, y no para los caminantes. Pero tampoco hay ya muchos caminantes por estas soledades.

Porque era entonces una de las raras épocas de lluvia, y el Chorro corría con genio, tomé el brazo del mediodía, la larga pendiente que sube por el Talayo y se interna luego en el denso matorral de romero, jara, carrasca y encina.

Pensaba entonces que no sería demasiado tarde para caminar. Ahora, sin embargo, considero que tardé mucho en hacerlo. Nunca antes me había dejado llevar de la mano del azar, era el primero de mis pasos inciertos, mi gran paso, aunque fuera tardío, sí. Poco me preocupaba lo que pudiese hacer. Se trataba nada más que de una apetencia, de un abandonarse, de una verdadera pasión o, tal vez, de una llamada sin objeto ni objetivo. Simplemente, deseaba hacerme camino, poner camino, dar camino o finalizar mi cami-

no. Las cosas se hacen, pensaba, porque apetecen, o porque se las prefiere, pero es la propia persona quien tiene que hacerlas o, más bien, dejarse hacer por ellas. Vivimos enceguecidos para la pasión, y es evidente que nunca nos dejamos hacer. Creemos evitar así el mal. Aún lo pienso, pero allí estaba yo con mi apetencia, con mi miedo y con una especie de llamada, la que me hacía huir. No había más razones. Caminé o desanduve. No me arrepiento.

Declinaba el sol en el horizonte. Se mirase por donde se mirase era, en efecto, tarde para caminar. Tampoco era el mejor momento, pero se convirtió en mi momento. Agradaba a la vista el ocaso, y al alma. La humedad, el frescor, transportados desde la lejana tormenta, ponían realidad y literatura en los demás sentidos. Había sido un día sofocante. Respiré con voracidad mi nuevo mundo. El olor del tomillo y el romero, del espliego y la jara, del cantueso; el zumbido de los insectos; el canto de las alondras, el elegante y orgulloso perfil de la cardancho aún verde, sus crestas amoratadas flanqueando el camino. Todo ello, envuelto en la espesa vaciedad de los campos, animaba a proseguir. Avanzaba, no obstante, con miedo del juego en el que me había embarcado. Recelando del impulso que me invitaba a continuar.

Las sombras se alargaban indicando la dirección, y a mi espalda intuía, como tantas veces había visto pero no saboreado, un sol grande y rojizo bañado en su jugo, que se dejaba caer manso al otro lado de la tierra, no en el poniente, sino atrás, detrás de mí. Aunque mi consigna era no mirar atrás; simple apetencia, porque yo era el oriente.

Así fue que la noche me arrulló lentamente, pues adivinaba que los pasos dudosos no me llevaban a ninguna parte, y que esto, en fin, me hacía feliz. El cielo se vistió primero de un añil intenso. Luego, verdugones de negras lenguas fueron tomándolo con parsimonia. ¡Qué cerca estaba el cielo! Lo veía danzar, temblar, dudar, reinventarse. El cielo, ese extraño que siempre consideré inamovible, lo saboreaba ahora como si fuese humano, muy humano y sometido a los caprichos de una voluntad más firme que la suya.

Hasta que todo se hizo oscuro y el silencio tomó los campos. En el horizonte de aquella negrura, el resplandor de las luces eléctricas de los pueblos del llano ponía un distintivo, un naciente en la tierra, pero era un nacer testimonial, anecdótico, superfluo. Un querer y no poder. Sobre mi cabeza, el espectáculo de millones de estrellas señalaba los infinitos caminos de la vida, de todas las vidas, de las habidas y por haber. Yo estaba haciendo el mío, consciente de la existencia de las luminarias.

Me acomodé bajo el porche de una vieja casa abandonada, en la margen de la loma del Talayo. El tejado de uralita se sostenía apenas en una columna de piedra caliza que brillaba como un faro en la noche. Aturdimiento y cansancio me acompañaban. Había hecho breve camino, pero tenía claro, muy claro, cada vez más claro, que no deseaba volver. Suele llegar tarde a nuestras vidas el episodio en que descubrimos que la razón sirve de poco, y que empeñarse en lo sensato consiste en despeñarse de verdad, en no escucharse. Sobre aquellas piedras dejé mi cáscara, creo que para siempre. La abandoné, me desprendí de sus heridas, que yo había conocido o había creído conocer. Allí contemplé el firmamento con sus emplastos de eternidad, allí me dejé acunar por el silencio, allí dormí al fin.

El airecillo húmedo y frío corría monte abajo. Como si de nuevo fuese a nacer, me cobijaba sobre mí y plegaba mi cuerpo para darme calor. En aquella postura desperté, un tiempo después, carne aterida y rígida. Era aún de noche. Un extraño murmullo venía sobre la brisa. No era siquiera un bisbiseo, eran voces apagadas que se elevaban hacia las estrellas. Devotas oraciones, largas, monótonas y cansadas, como si una fantasmal peregrinación procesionase a escasos metros de donde yo estaba. Palabras que no tenían sentido, que se quebraban, entrecortaban, se retorcían en el aire. No había luna y todo permanecía en sombra. Me incorporé, más para aguzar el oído y el olfato que para aplicar la vista. Nada hallaba que pudiese llamar mi atención en la oscuridad, solo aquella fraseología ininteligible, solo aquella letanía monótona y triste. Anduve. En

efecto, la noche se hacía fría. Avancé hacia el lugar de donde provenía el murmullo, y el murmullo crecía y se extendía camino arriba, hacia lo alto del Talayo, como si las peregrinas voces adelantasen el camino que yo pretendía seguir.

Nada pude ver, nada pude oír que no fuese aquella salmodia. Y el son nacía de mis pies, del suelo, y de él se elevaba buscando el rácano vientecillo que lo transportara al llano. Protestaba la tierra, pensé. Busqué entonces con el tacto lo que no podía darme el oído y palpé la vieja madre. Apenas sentí nada; las extrañas voces persistían. Puse oído en tierra. Tampoco. En lo alto las estrellas también titilaban, sería su forma de acompañar la música. Hasta que mi mano por fin rozó una de aquellas piedras y pude notar su vibración, no, su palpitación más bien. A través de mi piel entró toda la oración del cosmos. Acerqué a la piedra mi oído y entonces fue cuando lo escuché. La piedra, aún cálida, se quejaba, oraba lenta y sosegadamente, expiaba su dolor. Todas aquellas cuarcitas desperdigadas en el camino, desnudas piedras, redondeadas de tiempo, elevaban su rezo monocorde indicando el camino. Se desprendían del tedioso calor del día y protestaban contra la excesiva frialdad de la noche. Fui tocando aquellas alteridades sin vida, poniéndolas junto a mis labios, oídos; fui sintiéndolas como si respondiese a mi niñez. Cuando quise darme cuenta, formaba yo también parte de la melodía. Mis huesos vibraban y por mi boca un hilo frágil y monótono de voz acompañaba el canto de los vástagos de roca.

Conforme el son se sucedía, la oración me tomaba, me pesaban menos los recuerdos y mi angustia se disipaba; el pasado se disolvía como arena, y sentía más cercana la hermandad de la piedra. Entre ellas, en abrigo del calor que se tornaba música, tuve el más plácido de los sueños.

Cuando desperté esta vez, el sol había definido ya su redonda esfera y sus rayos resbalaban sobre mi piel. Tal vez estuviera apropiándomelo. Lo necesitaba. Luché contra la rigidez de mis miembros y extremidades porque mi espíritu estaba más reconfortado. Desperecé lentamente, dejándome hacer por el astro rey, la fuente

de vida. La alondra, divertida, proclamaba su verdad jugando entre las retamas, yendo y viniendo, elevándose y descolgándose a ras del suelo. Yo también me sentía alegre, como ella, y mi corazón saltaba de júbilo en el pecho. ¡Hacía tanto que esto no ocurría...! Recordé el extraño suceso de la noche y el soliloquio mesurado de las piedras. Allí estaban, sufriendo ya su calvario solar, la pena que les había sido impuesta, la misma que, ahora, a mí me reconfortaba. No sé, acaso fuese el suplicio de sentir, de querer ser como los hombres en un momento en que los hombres se estaban convirtiendo en piedras.

En estas cavilaciones, apenas había reparado en que, al alcance de mi mano, alguien había depositado un pequeño cuenco y una bolsa de tela vieja y gastada, aunque limpia. Miré en torno. Por un momento, sospeché que acaso en la noche, en el azar, había venido yo a descansar junto a la ofrenda. Pero la perfecta disposición, la cercanía a mí desmentían el caso. Tomé el cuenco que era viejo y de latón, mediado de blanquísima leche (al menos a mí me lo pareció). La aproximé a mis labios. Amargaba y era recia. Descubrí entonces, en aquel sorbo, que no había comido, que mi estómago había olvidado el hambre, o que el hambre había abandonado mi estómago. Al segundo trago despertó el apetito. La leche estaba deliciosa. Se reafirmaba un fuerte olor y sabor a animal, a pieles viejas, pero también a hierbas frescas y a fruta. El amargor escondía la dulzura. Desenvolví luego el fardo. Guardaba un gran pedazo de queso y un trozo de pan. El pan estaba duro, muy duro. El queso era otra cosa. Partí con mis manos gran parte de él, que cedió elástico a mis órdenes. Llevé varios pedazos a la boca y los acompañé de aquel mendrugo. En aquel frugal almuerzo vinieron a mí las esencias de los campos que me rodeaban. «Cuánto me habré perdido», pensé entonces. Y miré alrededor en busca de mi benefactor. No hallé a nadie, ni nada extraordinario, pero intuí la posibilidad de que no anduviera lejos. Mi móvil vibró en el bolsillo. También él había despertado su apetito.

Sin intención de regresar, eché Talayo arriba. Apenas quedaba camino para coronarlo. Era de suponer que, si alguien hubiese pasado junto a mí, habría seguido aquella ruta, la que se adentra en la sierra. Reconfortado, con el ligero ható a mi hombro, observaba las piedras ahora silenciosas, con su tono anaranjado, resplandecientes de luz. Las rodadas de la maquinaria agrícola abrían extraños, curiosos surcos en las márgenes de la vereda. Los olivares, oscuros, se extendían loma abajo sin querer finar en el inmenso mar de piedras. Parecían hijos retorcidos de la piedra, sembrados en la piedra y cuidados y mimados por ellas, como yo. ¿Y si hubiesen sido las propias piedras las que no solo me arroparon con su calor y me arrullaron con su nana, sino también las que me habían procurado el primer sustento?

Coroné con entusiasmo, lleno de emoción el corazón. El pulso redoblaba en mis sienas y en mi pecho. Jadeaba. El aire entraba en mis pulmones, me daba vida y era como si aún me faltasen ambos, el aire y la vida, como si tuviese extraordinario apetito de ellos. Yo los quería. Suspiré, reposé y paseé mi vista por los montes, caminos, llanos que se extendían inmensos ante mi vista y bajo mis pies. Los sonidos inesperados me sacaron del ensimismamiento. Fue allá, en una pequeña vaguada a mano derecha, hacia el noroeste conforme se desciende el Talayo, aunque dando la espalda al camino, a donde esquilas y validos me orientaron. Carrascas y pequeñas encinillas herмосeaban un vallecito verde y comfortable salpicado también de florecillas de todos los colores. El olor de la verdura y de los hinojales era intenso. Descendí. Al trascacho, el pastor reposaba dejando hacer a las ovejas. El carea se acercó a mí, manso y coqueto y me husmeó como quien saluda a un extraño inofensivo al que llevase tiempo esperando.

—Buenos días —dije a sus espaldas.

El hombre, menudo, renegrado, enjuto, se volvió hacia mí sonriendo.

—Buenos días —respondió—, no es bueno dormir fuera de teja —prosiguió—. Las noches son frescas todavía. —Me alargaba

un cigarrillo que rehusé—. Mejor entonces, no es bueno el tabaco de recién levantado. —Y carraspeó largo y fuerte en tanto encendía el pitillo—. ¡Hale, Piticlín, hale!

Y Piticlín, el carea, ponía sus chispeantes ojos de miel en las ovejas y corría arremolinándolas.

—Piticlín es viejo como yo. Pero Piticlín es listo. Se las sabe todas, es sin duda una buena compañía, una compañía fiel e inteligente.

Se hizo un breve silencio. Piticlín volvió a tumbarse junto al amo.

—Quisiera agradecerle lo del almuerzo —dijo—. Le traigo su cuenco y su saca...

—No hay de qué —chasqueó con indiferencia, interrumpiéndome—. Es viejo y está cansado, como el dueño. ¿Sabe? —continuó—, por un momento estuve a punto de despertarle. Pero vi tanta paz en su rostro... —enmudeció e inclinó la cabeza para continuar—. No es usted la única alma, ¿sabe? Cada vez más gente viene a ponerse en camino, bueno, en su camino —dijo, poniendo el énfasis en el su—. No hice sino una obra de misericordia. No es la primera persona que encuentro dormida al margen de la vereda, pero sí es la primera vez que veo a alguien con tal escasez de aparejo... y de ropa para la faena —dijo, sonriendo—. Volverá a la ciudad, supongo.

—No, no volveré. Seguiré adelante, adonde tenga que llevarme el camino —mi respuesta un tanto airada y fulminante lo dejó indiferente sin embargo.

—Eso está bien, muy bien, ¿pero no cree que debería acompañarse de un zurrón, de buen pan y tal vez hasta de un buen perro? Son muchos los que vienen a olvidar. Pero son pocos los que olvidan y muchos los que luego ponen queja y arrepentimiento, porque tampoco encontraron por aquí lo que buscaban.

—Espero no tener qué desagradecer, como esas gentes —dijo—, porque creo que he venido para dejarme todo.

El hombre, con parsimonia, descolgó su zurrón del enramado de la encinilla que le servía de respaldo y lo abrió. Extendió enton-

ces un pañuelo sobre la hierba. Sacó una gran bota de vino, vieja, negra y sucia, como el zurrón. Una buena cuerda de chorizo y un trozo de jamón. Luego metió la saquilla que yo le devolvía.

—En el campo no se puede estar sin comer. No es que sea duro el campo, es duro el tiempo, y el tiempo pasa lento en el campo. Tome.

Y me arrimó un tasajo de jamón. ¡Qué hermoso me parecía! Lleno de gloria en su esplendor. He de confesarlo: persistía el hambre, así que lo engullí. Aquellas manos esgrimían la navaja con destreza y sacaba finas lonchas del tarugo. Piticlín se arrimó, observando la ceremoniosa actitud de su amo, sin ninguna extrañeza.

—Yo soy Gabriel. Este es mi perro, Piticlín.

En espera de mi nombre, mirándome acaso la primera vez desde que empezamos a dialogar, alargó un filetito a Piticlín, que se incorporó goloso y jadeante para devorarlo. Por un momento, me vi en el perro aquel, inclinada su cabecita peluda sobre la carne sabrosa y cruda.

—Yo... yo —quise continuar.

Descubrí que a duras penas era capaz de decir mi nombre, que casi no lo recordaba, que no quería recordarlo.

Aquella mañana anduve con Gabriel, entre piedras y encinas, entre romero, tomillo y aulaga, entre gamonales, hinojales y elásticas retamas. Olivares y viña. Horizontes de cereal en espera y barbechos; lejanas alamedas. El llano salpicado de casillas blancas más allá, aburridas barquichuelas, y el recortado de montañas azules como grandes olas a modo de telón. Gabriel conocía el campo y la sierra como su hogar que eran. Desde niño había conducido las ovejas por aquellas veredas, cordones, caminos y senderos. Los había visto cambiar, morir, regenerarse bajo el asfalto. Era el testigo de los tractores que ahora los surcaban y lo fue de las mulas de antaño que, cansadas y tardonas, buscaban el abrevadero o tiraban de tartanas y carretas.

—Mi padre me contó todo sobre las recuas, dónde abrevaban, quiénes las tenían, hasta dónde llegaba este encinar, y aquella ala-

meda. Yo los he visto irse recortando, empobreciendo, deslustrarse. He asistido a la muerte de arroyos, de encinas centenarias, de casas y gentes que eran parte del lugar.

Gabriel vivía en una vieja casona con un enorme palomar y un esbelto ciprés que había plantado su tatarabuelo. Allí echaron sus raíces tres generaciones de pastores y pastoras que una vez abandonaron la trashumancia. Con la compañía de toda una saga de piticlínes de ojos ávidos, había sido el testigo incierto del tiempo que, insistía, en el campo pasa lento, muy lento.

—No habrá ya nadie que haga compañía a los piticlínes. Somos los últimos, él y yo. Nadie quiere el campo, ni el ganado, ni la paz. Y nosotros casi estamos de más aquí... pero mientras tengamos el sol del lado del corazón, nada, habrá que resistirse. Parece mentira, ¿verdad, Piticlín?

Un tráiler surcó la carretera que se veía desde la loma como una gran lengua negra, en la lona de su caja proclamaba la excelencia natural de una marca de lácteos, y un niño sonreía, pleno de felicidad, con uno de aquellos productos en sus manos.

Caminamos brevemente. Allí era abundante el pasto y las ovejas estaban en su natural. Las esquilas se meneaban en son pacífico, limpio como la mañana. A media loma, sureste, se detuvo, algo más abajo de donde lo había encontrado. Se sentó en otra piedra, también puesta ad hoc para que una encina hiciera de respaldo.

—Ea, ahora a ordeñar a Trabuca, que ha sido más largo que de costumbre. Pero, antes, ¿no le gustaría probar? Ande, tome, le hará falta. —Se arrimó a una oveja—. Esta es Risueña, es más pacífica y también está necesitada de manos.

Era una enorme oveja negra que buscó a su dueño como si supiera lo que tenía que hacer.

—Venga, mire, así, los nudillos.

Tomé aquellos pezones entre mis dedos, su extraño calor, su olor, su estar hechos al tacto no me resultaban ajenos. En tanto, el móvil vibró de nuevo en mi bolsillo.

—Ea, tiene maña —dijo Gabriel—, no se le da mal, piense si no quiere quedarse —y rio.

De la escudilla echó la leche en una pequeña botella de plástico y me la extendió.

—Tome, disfrútela, se la ha ganado y la necesitará, seguro que le vendrá muy bien. Y, por favor, no tome esto como una obra de misericordia, es simple justicia.

Se despidió echándome la mano después de señalar cómo la vereda cruzaba aquella carretera y se internaba en la espesura. Y, no obstante, se empeñó en que me quedase con el viejo zurrón en el que iban un buen pedazo de queso y el fiambre. Ante su insistencia, tuve que aceptarlo.

—No sé si volveremos a vernos —me dijo—, el tiempo tiene también sus caprichos. Que le vaya bien, eso es lo importante. Tampoco es que al campo le quepa ya mucha esperanza. Ah, y no se olvide —recalcó—, el corazón siempre al sur.

Solo sabría a qué se refirió mucho tiempo después, tal vez después de toda una vida. Y descendió por la ladera en dirección norte, seguido del nutrido grupo de discípulas y de Piticlín, que de hito en hito se volvía para mirarme. Desaparecieron tras de un olivar que, plata y bronce, se movía al compás del extraño viento, un viento tormentoso que engulló también el sonido de las esquilas y los balidos.

Gabriel me bautizó, él fue mi primer guía en aquella desolada huida. Con su garrota apuntando al mediodía dibujó el camino que yo habría de seguir, surcando las hirsutas, rizadas y oscuras montañas. Y me advirtió, también, de algo que ha venido a ser fundamental en mi vida, del poder evocador de las piedras y de la necesidad de escucharlas. «Es otro tipo de compañía —me instruyó—, de compañía inteligente, pero hay que saber interpretarlas».

Volví sobre mis pasos. Quería ser testigo, al menos algunas noches más, de aquella extraña queja, de aquel raro canto nocturno, de aquel poder evocador. Creo que a día de hoy distingo con claridad, y entiendo, el lenguaje de las piedras.

Anduve entre ellas, en las cercanías del Talayo, dos días más, en los que, para mi sorpresa, no vi a Gabriel. Desobedeciendo, dor-

mía al raso, me encamaba entre aquellas durezas como alguien aterido se acurruca entre animales, buscando su calor. Y su calor manaba en forma de himnos que se elevaban hasta el cielo estrellado, oscuro e inmenso. Hacia la luna que esas noches se paseó solemne y blanca en la oscuridad. Y, al igual que las estrellas del firmamento, gotas de escarcha en el vacío, indican el camino al buen peregrino, las piedras del Talayo, cálidas y sólidas, rojas como la sangre, señalaban el mío. E igual que la luna en total desafío parecía moverse con libertad por aquel paisaje, vestida del hielo de sus emociones e impregnando de nácar los olivos y las encinas, siguiendo su buena ventura, yo me aventuraba a seguir en soledad proyectando mi sombra, al amparo del calor que estas cantarinas me irradiaban, sin saber muy de cierto a dónde ir y en dónde acabar.

La primera de aquellas noches, mi cuerpo, tendido sobre el suelo, vibró con el sonido aquel; se dejó atrapar por él, como si estuviese preso de un fluido que lo traspasase, de unas ondas de trazado telúrico, que se elevaban hasta lo oscuro a través de mí. El segundo día, mi cuerpo fue testigo de esa fuerza, él mismo irradiaba ya sonido y energía. No podía impedirlo, era yo como una piedra más que entonaba al son de sus compañeras. Nada hice por acallararlo. La música manaba de mí, de mis extremidades, de mis cabellos, de todo mi ser. Por primera vez aquel cuerpo era dueño de sí; me atrevería a decir que, incluso, era dueño de sus pensamientos. Mi yo, o mi cuerpo, se liberaba de sobrantes que lo habitaban. Se liberaba, como las piedras, de sus males, al menos de los más cercanos. Y en esa liberación se iban lavando los recuerdos del pasado, el pasado todo. Bien se podría decir que con las piedras del Talayo yo empezaba a nacer.

2.

Desde el alto del Talayo gocé por primera vez de la visión de la tierra, los pardos pechos montuosos, la disposición de las cosas en la armonía del paisaje, del continente y la vida que en él fluye. El alba anunciaba la aurora de un nuevo mundo. Entre los espacios hirsutos, corría el camino, declarando un vacío que llenar. Era como un agua mansa vestida de cobre que se perdía y reencontraba. Que huía tal vez como yo. A no ser que fuese nada más la proyección de mi propia huida. Iba a dejar atrás las amadas piedras, descansadas ya, satisfechas, liberadas. No había más remedio. El sol iniciaba su ascenso, y yo, mi descenso. La del suroeste era una ladera corta y abrupta, repentina. El Talayo apenas es un pequeño grano de mostaza en el país del llano. Aquella acusada y breve pendiente representaba, como en una obra de teatro, la negativa a morir del protagonista. Roja y anaranjada, la cuesta semejava un ocaso. Desnuda y apenas salpicada de hierba, hacía las de tramo-ya en la que no cabía sino deslizarse, avanzar, dejarse caer; rodar como una piedra.

En lo bajo, la carretera cortaba la vereda como un bisel. Así de inesperada, atropellada, repentina, se hacía la muerte del Talayo. La atravesé sin más después de mirar a derecha e izquierda: lontananzas inexplicables, vínculos de asfalto a esa hora vacíos y silenciosos. ¡Extraños métodos los de la vida humana! Esa elástica necesidad de lejanísima comunicación. Por unos segundos, me percaté de mi animalidad, ajeno a aquel gris granuloso que cruzaba de norte a sur, echando la raya al paisaje. Cuando pisé de nue-

vo la tierra, al otro lado de la carretera sentí que aquel elemento era parte mía. Allí el lugar se abre, se muestra si cabe más salvaje, más hogar. Las retamas, enormes, y las encinas, más abundantes, más solitarias, más imponentes. Unas y otras ocultaban a la vista el trayecto que hacía poco había aparecido tan claro, tan distinto. También el camino estaba cubierto de piedras. Grandes, pequeñas, rojas las más. Algunas negras. Recogí una de estas, brillante, tersa y suave, cruzada por una veta blanca que brillaba como un diamante. Tenía también una mancha de un rojo subido, como un lunar. Era una piedra pesada, muy pesada. Una piedra muda que, no obstante, mostraba su deseo de volver a la tierra, pero, más allá, a su fondo, hacia el corazón latente, hacia el fuego. Estoy seguro de que, de haber cogido otra, una de las rojas por caso, me habría susurrado al oído relatos de eternidad; pero no era aún de noche. Por eso la devolví de nuevo al suelo. Mas, al contactar con él, chispas de pedernal se desprendieron al contacto con las otras. ¿Era un mal presagio? Dudé entonces, dudé sobre mi camino, dudé sobre la piedra, dudé sobre todas las cosas. Dudé sobre si aquel era, en efecto, mi lugar. Miré en derredor. Instintivamente, retomé la negra piedra abandonada y seguí el camino. «Esta noche, sabré lo que tienes que decirme», le dije, como si en realidad estuviera dialogando con un ente extraño dotado de inteligencia. Entonces, la guardé en el viejo zurrón del viejo Gabriel, al tiempo que, en el abierto claro, el camino se bifurcaba de nuevo.

Todo hubiese sido continuar en lo que el pastor me había instruido. Pero al norte, allá donde guiaba el brazo no proyectado del camino, un discreto y poderoso cubo llamó mi atención. Era una parcela cuadrada, ahíta de vegetación, que se destacaba de la despojada planicie. Era en realidad un cuadrado denso de encinas en cuyo centro se meneaban altaneros los penachos de unos gigantescos álamos. A la falda de la montaña y un tanto alejado de esta, todo en torno suyo era pedregal o desierto, tierra antaño dedicada a labor, ahora liego que conservaba el trabajo del peine y de los arados, la racional e indubitable huella del hombre productor.

Giré, pues, al norte persiguiendo mi curiosidad. Aquel era un camino estrecho y sinuoso. Las piedras desaparecían y, en su lugar, una densa arena anaranjada y cobriza, deslumbraba con la fuerza del sol y contrastaba con los macilentos, y cabizbajos ya, amarillos campos de cebada que se extendían a uno y otro lado. Alguna encina ponía distinción en la pequeña, falsa dehesa. ¡Qué silencio aquel! Se echaba en falta la compañía de las invisibles alondras, el viento ejerciendo sobre las duras hojas y el cereal. El astro aplastaba las cosas; ni siquiera la cebada se atrevía, e inclinaba la cabeza, agostada.

El cuadrado vegetal, con mi avanzada, perdió su geometría precisa. Las apretadas carrascas y encinas formaban un denso e impenetrable follaje en torno del visitante. Era una sombra singular en aquel páramo apretado y cegado de luz. El fresco fluía desde su vientre como extraño aliento. El silencio, en la cercanía, se hizo más silencio si cabe. Viejas ramas y hojas secas limitaban el perímetro del bosque. El sorprendente y sorprendido musgo se retorció en los retorcidos y cuarteados troncos de las encinillas. Nada, solo mis pasos rompían la paz de aquel lugar, bordeándolo aún. Buscaba el resquicio por el que penetrar. Y la extraña percepción de que alguien me observaba desde el interior iba tomando cuerpo en mí. No niego que experimenté cierto temor. Tal vez fuera la perplejidad del tránsito a lo sagrado. Tonto temor en un bosque de proporciones ridículas, un bosque que, sin embargo, transmutaba; pues, una vez allí, se desenvolvía como un gran bosque, un incierto bosque, un misterioso bosque, oscuro, con toda seguridad poblado, de lo humano y de lo divino. Un bosquecillo que tal vez fue santuario, o quién sabe si lugar sagrado. Sede de faunos o ninfas. Un bosquecillo que vivía su paz y que yo venía a profanar. Materialicé mi sacrilegio, y, por lo que antes pudo ser puerta, pues allí quedaba una jamba derruida que lo atestiguaba, penetré en su silencio.

Extraordinario e inimaginable laberinto era aquel cuadrado. Lo que empezó siendo un camino degeneró en senda; al poco, más sendas que zigzagueaban, se entrecruzaban, trazaban círculos,

elipses, jugaban en fin con el curso del visitante. Persistía además la honda quietud, rota por el revolar de un ave en lo alto, el zumbido de algún insecto, el silbo de un mirlo invisible. Las sombras, que los árboles y arbustos precipitaban sobre el intruso, sobre la hierba, insinuaban la verdad de la vida. Entre la luz y la oscuridad, desechaban la pesantez del cuerpo y abrían la inseguridad de la mente. Vagué largo rato entre rincones, tracé varias veces el mismo camino, y seguí mis huellas, y me perdí. Transcurría el tiempo, lento, pernicioso, preciso, sigiloso. Allá fue cayendo el mediodía, allá cayó la tarde. Nunca se me hizo tan evidente que el tiempo y la existencia poco o nada tienen que ver. Sacíé mi apetito con lo escaso del morral. Sesteé. Reinicié de nuevo el dédalo: repetía la sensación de la ausencia de hilo, de ovillo, de razón. Las sombras cada vez más densas. La humedad cada vez más penetrante. Solo la brisa del atardecer depositaba entre los ramajes la nota distintiva, cuando yo ya quería regresar y abandonar una exploración tan improductiva. Pero el caprichoso estertor del vientecillo sobre el vacío silencio trajo a mi mente el recuerdo de los álamos que habitaban el centro del denso follaje. Perseguí su imagen en aquel lamento. La rima con la que el aire mece las hojas de los chopos solitarios. No la vista, fue el oído el que una vez más me puso en el camino, y, casi cerrando los ojos, al tacto de la hiriente hojarasca, los rústicos troncos y las elásticas y amenazadoras ramas, noté fluir más fuerte si cabe aquel frescor en mi rostro, aquel poema de viento cada vez más cercano, interno, que surgía de la nada en contraste del sopor y la calígene. ¿Qué más daba si se hacía la noche? Para entonces estaba yo bajo un hechizo, poseído de la manía y emboscado. Cuando al fin el sol declinaba y vertía su luz filtrándose bajo las copas de los árboles, haciendo de los troncos animales fantásticos y amenazadoras imaginaciones antropomórficas, me hallé, abiertos al fin los ojos, en la penumbra habitable, ante el evocador dibujo de una casa abandonada. Lo que tuvo que ser un jardín con su mesa y sus bancos de piedra se había dejado al montaraz paso del tiempo; estaban tomados del musgo y la hierba.

El pequeño arroyuelo que corría jubiloso a los pies de estos, que bordeaba la casa, que sembraba de paz el lugar aquel, exigía con su cristalino son la meditación del triste destino de todas las cosas, pero también la extrañeza de que tan hermoso lugar hubiese sido abandonado alguna vez. Era esta la vaciedad y extrañeza del lugar ameno en su ocaso, en el ocaso. Justo en el punto en que todo se hace oscuridad, en que el silencio regresa y tapa al silencio, y hay un terrible momento de duda en la naturaleza y en la vida. Aquel laberinto tenía un centro, era mi laberinto, mi centro, el que había venido a buscar.

Sonó el móvil olvidado en el bolsillo. Consideraciones aparte, en verdad que el nuevo modelo había superado las cotas de autonomía imaginables, aunque allí sonó ridículo, estúpido. Lo apagué. Lo contemplé. Era un fenómeno extraño. Su ligereza y brillo. Su tersura, su artificiosidad contrastaban ahora con mis manos arrus-ticadas y sucias. «Animal exótico —pensé—, sí, rara soldadura sin sentido». Para nada casaba con el entorno y con mi vida. Lo devolví esta vez al zurrón, supongo que descansando en su mudez, para descansar de mí.

Y llegó la noche. Me embargaba el agotamiento, pero rebosaba satisfacción, incentivada por la novedosa calma y el soliloquio aterciopelado del arroyuelo. Creyéndome en el locus amoenus nunca por mí imaginado, dejé descansar mi cuerpo y mi imaginación. Llegó el hábito de la tentación, el que siempre acecha, estuve en un plis plas de volver a mi celular, de abrir mis contactos y contar cuanto estaba viviendo. Pero ya carecía de sentido, era nada más la inercia, porque, en verdad, aquella soledad era parte de mí, si no yo. Me enorgullecí, porque al fin, imaginé, había recobrado cierto grado de consciencia sobre la persona que quería ser, una persona que en ese momento difería de las insustancialidades y de los compromisos de ayer.

De mi ingenuidad, y de mi recién conquistada inocencia, me arrebataron poco a poco las voces. Venían acompasadas, continuas, como una cascada de articulaciones disimuladas. Y no lla-

maron mi atención porque dijese mi nombre, ni porque me interpelaran directamente. Simplemente me hablaban. «Despierta». «Recuerda». Formaban parte de mi sueño, en efecto, y lo inquietaban. Pero, despierto, las palabras aún me perseguían, sonaban claras y distintas; eran algo más que una sensación hipnagógica, la lira de la noche y de los álamos, la lira de mi pulso. Por encima del músico arroyo, por encima del viento y de cuantos seres pudiesen desenvolverse en la densa oscuridad, por encima de mi animal respiración y el martilleo de mis sienes. El alma continuaba dormida. «¿No tuviste —decían— una casa en la que descansar de tus trabajos?». Yo aguzaba la escucha y me dejaba interpelar. Imágenes dolorosas angustiaban mi espíritu. Habría querido tapar mis oídos, huir, correr quizás, no sé, pero la inmovilidad me había tomado. Virtud de aquellas palabras, su musical susurro obró mi parálisis, mi encantamiento definitivo. «Una casa, con cuantas cosas una casa puede tener. Un amor, o dos. Un futuro y un presente. Un pasado que recordar...». Eran palabras que me buscaban, que buscaban mi hondón, pero eran palabras que no decían mi nombre. Y yo deseaba, yo quería que aquella voz, que aquella música dijese mi nombre. Que me nombrase al fin y me contase quién era yo. Pero ellas, las voces, continuaban inquebrantables, seguras, clavando sus certeros dardos en mi pecho al amparo de la negrura. «Así es la vida, vida hecha de traiciones, abandonos, agotamientos, amores que se mueren y esperanzas que desesperan; donde ninguna ilusión nace. Todo se lo lleva el viento, la brisa, el vendaval. Recuerda..., la vida se pasa y nunca sabremos lo que viene».

Turbación y confusión me recorrían, y, con el entumecimiento de la humedad, vino la tiritera de mi cuerpo. «Las soldaduras del tiempo, las tiranías impuestas, las ataduras hicieron el resto, tú nada más obedecías, seguías la corriente impuesta...». Y, con la angustia, dimanaban las imágenes que yo sabía que habían formado parte de mi vida, que ya no eran otra cosa que parte de mi vida, cáscara quizás, vieja piel, cortezas sin peso alguno. «La vida es un continuo — me replicaba, sin embargo, el soliloquio—, la vida ni se desprende

ni se olvida, no tiene partes, es una y te dejaste encarcelar en otra, la ajena, la impuesta, la postiza. Te cegaste. ¿No piensas volver para advertirles? ¿Crees que nadie sufre tu mal? Lo sabes, la felicidad se está torciendo, se separa de la vida. No creas que por iniciar camino —proseguía— y dejar atrás todo puede alguien quitarse el lastre de los días de abatimiento, y de los años de tedio y superficialidad. Recuerda..., no se olvida, no se puede olvidar en tanto el mal persiste, aunque creas haberlo dejado atrás». Pero yo lo intentaba. Yo estaba olvidando. Yo quería olvidar. Yo olvidaría. No. No era eso tampoco. Yo estaba ahora aquí, venía, y quería también llenarme. Yo venía a llenarme. Yo buscaba. Poco a poco, el temor se fue diluyendo, se fue transformando en aspereza y en arroyo, en odio hacia mí y hacia quien me había traído las imágenes que yo consideré que nunca más revivirían, que consideraba muertas para siempre. Salió de mi pecho como un acto de afirmación, de libertad. Interrumpí. Tenía que interrumpir, tenía que actuar, tenía que evitar aquel vaciado de mi inocencia. «¿Quién eres?», grité y esperé. «¿Quién eres?», volví a gritar. Y lo hice muchas más veces, queriendo así poner fin a la voz, enmudecerla, intimidarla. Escuchándome entonces me sentí, me reconforté. Evitaba oír lo que no quería oír, espantando a las voces y sus malos espíritus. Pero ellas insistían, se envolvían en el sonido contumaz del arroyo, en la vehemencia del silencio aquel. Me seguían, eran como mi sombra en la oscuridad. Ignoraban mis desafíos. Acabé por gritar. Escapaban ira y miedo. Yo gritaba y gritaba, y, con los gritos, aquellas preguntas estúpidas, aquellas tentaciones, se apartaron al fin de mí.

Agarré entonces mi zurrón como quien desea guardar en su regazo todas las cosas que han sido tuyas y que peligran, y la noté vibrar entonces. Allí, ella, única, solitaria, fluyendo en ondas de energía que me traspasaban, que me hicieron vibrar también. La palpé. Palpé su dureza e intuí su corazón metálico, su alma negra, telúrica, insondable. Era aquella piedra, aquella piedra negra de blanca y brillante cicatriz, cuya energía manaba a través de mí. Allá estaba la fuente de la letanía, allá el hilo de su voz, una voz

que construía y elevaba en armónica melodía, en lenguaje cierto y preciso. Aquella piedra hablaba mi lengua, me hablaba. Su rumor era tan inteligible y lógico como el de otro ser humano, como el de cualquier vecino. No puedo evitar el confesar que tuve miedo, otro tipo de miedo, un verdadero miedo, y que pensé en las fuerzas sobrenaturales, en los poderes más allá de mi poder, en la venganza quizás del hollado lugar. Estaba sintiendo cómo aquella piedra no hacía sino liberar la energía acumulada junto a mí, en mi zurrón, por mi costado, por el sol. Que aquella humedad, que aquel silencio, que aquel retiro ameno hacía que cuanto había sido absorbido por ella volviera a su lugar. Y entonces descubrí que lo que yo oía no era sino el regreso de lo que poco a poco yo había ido perdiendo, de cuantas cosas había olvidado, de todo aquello de que me estaba desprendiendo. Yo también desplegaba mis ondas y volvía a la tierra, a la vida, lo que era de ella. Aquella piedra negra que yo rapté de entre las otras rojas, las monótonas y cantarinas, no tenía la virtud de hacer olvidar, sino todo lo contrario, tenía la virtud, o el vicio, de hacer recordar, en efecto, guardaba lo vivido.

La sopesé en mis manos en tanto se apagaba su fluir. Dudé si arrojarla al azar de lo oscuro. Pero no me atreví. Nadie puede desprenderse del hondo pozo que siempre lo acompaña, y de cuyo fondo mana acaso su persona. Mi corazón, mi mente, eran presas de aquel encantador sortilegio. Sentía miedo de aquella naturaleza, pero también respeto, un respeto ancestral que, seguro, iba más allá de mí, que viajaba por los siglos pasados y los venideros. No sabía siquiera si mi mente estaría preparada para soportar la retahíla noche tras noche, no sabía si sería capaz de asumir mi olvidado pasado cantado por un elemento ajeno a la carne. No sabía, en fin, si yo me soportaría. Y este temor fue el que me inclinó a devolver aquella piedra al zurrón, junto a mi teléfono.

Cuando la dejé, mi mano estaba tensa, sudorosa y dolorida. Un extraño albor, entonces, se coló por entre las ramas, y el sonido del cristal del arroyuelo, al que me encaminé para refrescarme, se dejó

acompañar, por fin, del cantar de algunos pajarillos. Entre ellos, estridente y metafísico, silbó de nuevo el mirlo.

La casa tenía el apagado fulgor de una existencia pasada. En su interior se respiraba la sencillez de la vida bucólica. Las habitaciones guardaban aún recuerdos de un ayer incierto. Un ayer que obligaba a ser imaginado. ¿Imaginado o revivido? Imaginé amaneceres cargados de ilusión con actores ilusionados. Reviví sonrisas que saludaban los primeros rayos del sol, animadas por el canto de los pájaros. Ventanas abiertas al jardín. Carreras indecisas sobre la hierba. Acciones que se fueron transformando poco a poco en mis propios actos; y aquellos actores imaginados, en proyectos de mi acción. Sin quererlo, había recobrado parte de mi pasado y había hecho del entorno pura biografía.

En la exploración de la casa no me dejaba guiar por la curiosidad, simplemente me buscaba. Gozaba del que una vez fue el color de sus paredes, disfrutaba del dibujo de sus gruesas baldosas, de la paciencia de las contraventanas, de la chimenea oscura y solitaria, de las escaleras difíciles, de los altos techos. Bebía sin quererlo en las tazas abandonadas, acariciaba los cacharros, disfrutaba su incierta geografía de abolladuras y desconchones. Todo me era familiar. Y de vuelta a la realidad me decía: «Aquí hubo unas manos dignas de ser amadas, y acaso hubo unos cuerpos hechos a crecer y a envejecer». Hasta que el gozo alegre acabó en melancolía. Todo tiene su fin, como la misma casa, y, ante tal eventualidad, no queda sino llorar amargamente y huir, abandonar.

La trasera de la construcción había sido tomada por la maleza, las plantas atacaban la fachada, crecían en cualquier vértice o grieta, se introducían por las ventanas y la pequeña portezuela. Allí se mostraba mejor que en ningún otro lugar que la casa había sido abandonada lentamente. Que había muerto de desidia, y que, sin ser una casa lúgubre, invitaba al decaimiento. En fin, la ruina me había inoculado el mal de la melancolía, esa enfermedad que mi civilización consiguió erradicar hacía al menos dos siglos. Por lo mismo, todo el paraje no era sino un gigantesco túmulo natural, era un

enterramiento, un aislamiento del mundo real, lírico y mágico a la vez. Y si tenía mucho de canto a la olvidada, silenciada y apartada muerte, era también una preservación de la alegría que fue, en la tumba de una tristeza que vino a ser, con cuantas herramientas le eran necesarias: el son de lasavecillas y la umbría serena, el denso follaje y la ruina. Los senderos perdidos y el merendero de piedra. El musgo y el sonido cantarín del arroyuelo. Y en efecto, ese, ese era el secreto de aquella casa, su gran secreto. El arroyo. La única fluencia siempre idéntica a sí misma, intemporal, el único sendero no hollado del todo, el único que manifestaba a ritmos tristeza y alegría. El único viajero, el único transparente, volátil. El único capaz de apagar la sed, y de ahogar. El único, en fin, capaz de escapar y de nacer, de no ser él mismo siendo el mismo.

Era el atardecer cuando decidí remontarlo y buscar su origen, aventurarme en su persecución e interrogarlo. Cargué mi impedimenta, y así fue que, después de tomar su agua en mi mano, y beberla, yo seguí fácilmente su camino.

Ora abiertos rincones, ora espeso follaje. Corría el agua al través de ellos y escapaba de mi persecución en el laberinto vestido ya de claroscuros. Pero su risa cantarina me orientaba y conducía. También el mirlo, contagiado tal vez de nuestros juegos, nos seguía. Cruzaba como una sombra los claros y aleteaba brusco, silbaba luego. Aquí se ensanchaba el arroyo, allá se reducía apenas a un hilo nervioso, oculto por la hierba. Bajaba a ras del suelo o se posaba en las ramas altas el ave. Me detenía yo, escuchaba. Íbamos los tres descubriéndonos en aquel perdido lugar. E, igual que el agua llegaba de vez en vez a cierta mansedumbre y calma, el pájaro curioso tomaba distancia y se hacía sentir en la lejanía, en las alturas, en un lugar insospechado. Perdidos los tres probablemente. El arroyo perdido por siempre, porque nunca nadie halló su origen. En perdición yo, que no sabía en dónde estaba. Perdido el poeta alado, pues no podía sospechar cuál sería el fin de su poema. Fue otra vez, cuando los rayos del sol se sostuvieron apenas bajo el enramado de los árboles, bañando de irrealidad el paraje, cuando el

hilo de voz del cristal se mudó en costosos borbotones, ejercicios de nacimiento, discontinuos y dolorosos. En un pradito pequeño, abierto, verde y apenas iluminado, apartado de la broza vegetal, casi desnudo, una charca fluía, se mecía en ondulaciones imprecisas e inconstantes. «Este es el origen —me dije—, este es el inicio de todo». Un pequeño erizo merodeaba el lugar siguiendo la línea de costa de aquella fluencia. Era una lagunita clara que espejaba en la última luz de la tarde. Era un manantial que surgía de la tierra, de lo hondo, pero transparente y limpio, que de cuando en cuando explosionaba lento como una gran burbuja, como un parto difícil. El mirlo, supuse, aleteó sobre mi cabeza sacudiendo algunas ramas. El erizo proseguía su triste danza. Quedé petrificado observando el ritual. El animalejo daba vueltas en torno del laguito aproximando su hocico, su pata, costosamente, sin detenerse, danzando, danzando. Era hipnótico su movimiento.

—Ha llegado en el momento preciso —dijo una voz grave tras de mí.

Me sobresalté. Mi corazón se aceleró. No por lo inesperado del acontecimiento, sino por lo embargado que aquel espectáculo había tenido mi espíritu. Era un hombre corpulento, de cara risueña y enorme bigote. Vestía a modo de cazador, gigantescas botas, pantalón ancho y chaleco acolchado.

—Ya sé —continuó—, es difícil imaginar que a estas alturas y en este lugar fuera usted a encontrar a alguien —y remarcó el alguien—. Justamente yo pensé lo mismo al verle.

Era evidente que había leído el desconcierto en mi rostro y que trataba de ser simpático, educado y accesible.

—Suelo pasear hasta aquí las tardes de buen tiempo —prosiguió—, me encanta ver el ritual del erizo, ¿sabe?

Tuvo que apreciar mi distensión, pues sus ojos se animaron esperando una respuesta. Se la di, aunque no sé muy bien qué pude decirle. El caso es que aquel hombretón se echó a reír de forma abierta y desinhibida. Para entonces, el erizo ya había desaparecido y la oscuridad había tomado el lugar.

—No se apure, verá, esta es la Fuente del Erizo —dijo, señalando—, yo vivo un tanto más allá. —Y señaló de nuevo hacia el poniente—. Me llamo Alfonso y hago versos. Presentación que a todas luces me pareció disparatada y demodé, y que tomé a chifla hasta que adelantó su mano enorme, que yo aferré como pude. Entonces me percaté, al calor de la suya, de que el frío me había tomado y que un extraño sudor recorría mi cuerpo.

—Bueno, será mejor que salgamos —sonrió ayudándome, pues era evidente mi azoramiento—. Si no encuentra la salida, le caben dos posibilidades, o aprender el camino que yo voy a desandar a continuación, o bien seguir el curso del arroyo. Y la verdad, es mejor que me siga.

El hombre de los grandes bigotes resultó ser agradable y cercano. Dicharachero de gesto ampuloso y de verbo fácil, para nada cargante. Alfonso señalaba y hablaba sin parar. Todo era entorno e interioridad. Tenía una sensación, una reflexión, una razón para cada cosa, y le gustaba demostrarlo. Halló en mí una persona disciplinada y fácil, un tanto parca pero interesada. Al poco, habíamos salido ya del hirsuto paraje. La luna apuntaba tras del Talayo, grande, inmensa, anaranjada. Nuestras sombras se proyectaban hacia el bosque de la fuente, la del erizo, como si fuesen atraídas por lo semejante.

—Es curioso este pequeño monte. La Fuente del Erizo. Remanso de paz. Supongo que habrá visto usted la casa.

Ahora, caí, me hablaba de usted.

—Sí, la he visto —contesté.

—Es una lástima, abandonada, como casi todo lo que hay por aquí. Pero, además de abandonada, oculta a las miradas indiscretas. Ese es su drama. Yo no sé si este fue también el objetivo de sus antiguos moradores, el de ocultarse a la vista indiscreta. Una triste historia sin duda. Yo la conozco bien —recalcó.

—¿Tiene una historia que contar esa casa?

—Claro que la tiene. Aquí casi todo tiene una buena historia que contar.

Adivinó mi interés. Sonrió y se retorció el bigote con su manaza.

—Si me acompaña, le invito a un café y le cuento la historia. Vivo a una hora de marcha, allá —dijo y señaló otra vez, soltándose el bigote— en aquella alameda... Apenas se intuye. Es El Marañón, no sé si usted habrá oído... —Esperaba sin duda una respuesta afirmativa.

—No, desconozco. La verdad es que no...

—Bueno. —Se encogió de hombros—. Vayamos a donde nos espera ese buen buen café, se lo aseguro.

Avanzaba por el campo con zancadas de gigante de cuento, sin importarle si había o no camino. Yo perdía el aliento tras de sus pasos. Él hablaba y hablaba y señalaba. Yo jadeaba. Allí caminos, allá arroyos, más allá casas, el nombre de aquel monte, este singular mojón. Un pozo de historia más allá. La carretera. Las luces de Valdepeñas, de La Solana, en las noches sin luna (lo que no era el caso). Los grillos, las ratas, los jabalíes. Aquel hombre no paraba de hablar, de señalar, de reír. En tanto atravesábamos liegos, caminos, tierras abandonadas, retazos de monte, saltábamos riachuelos. El agua, el agua como un milagro. Cientos, muchas palabras sobre el beneficio del agua, la bendición del agua. Pocos años con agua, poca agua por lo general. Invierno generoso aquel, primavera generosa: agua.

Se detuvo de pronto en un altillo que abría a una hondonada, no era valle, pero se adivinaba la humedad ambiente, rezumaba frescor.

—He ahí: el Marañón —dijo, señalando, hierático, gozando con especial deleite un paisaje que probablemente llevase años y años contemplando.

Su cuerpo se recortaba en el horizonte como una gran escultura iluminada por la luna. Reverberaba, coloso espectro envuelto en luz. Embriagado, giró sobre sí trescientos sesenta grados con los brazos extendidos hacia el horizonte.

En aquel silencio, solapado en mi sofoco, su vozarrón resonó grave y sonoro, eco del paisaje que reconocía el animal que era su dueño:

*La luna vierte a la nada
su nave de cuerpo frío.
El agua, tejiendo río
busca la mar y madrugada.
El tiempo está en su apagada
versión de reciente día
y mi corazón lo espía
con pleno latido alerta.
Velo por mi historia, yerta,
creciendo memoria mía.*

He de confesar que los escasos temores que pudiese albergar hacia aquel hombre se disiparon de inmediato. Por un momento, viví una paz que pocas veces había disfrutado. Lo que en otros tiempos hubiese sido la desconfianza, el temor de haber caído en las manos de un loco, se hacía ahora calurosa esperanza. Creo que me arropé en esos versos y creí en aquel hombre más si cabe que en mí.

En la oscuridad taimada de la noche, el Marañón se descubría como un inmenso caserón, noble y antiguo, hermoso y gallardo que se arropaba de encinillas, chopos, cipreses y olmos. Por doquier se escuchaba la música del agua. Un camino ancho y lustroso llevaba a la casa. El grueso tronco de un viejo olmo lo atravesaba para impedir el paso, probablemente, a los vehículos indiscretos. Alfonso calló, un profundo silencio lo había tomado. Avanzaba con serenidad, delante de mí, con las manos en los bolsillos y su rostro inclinado hacia el suelo. «El poeta —pensé— persigue a las musas».